

El desorden de las cosas

—
José Saborit

Con los ojos abiertos, bien abiertos, cada paso es el eco de otros pasos, porque *ver es haber visto* y haber visto es albergar en la memoria el bagaje acumulado, esa caja oscura que con cada nueva visión se despierta, se abre y saca al exterior sus resonancias desde el poso detenido de un tiempo que ya fue, pero aún es. En el vientre más profundo de ese tiempo la memoria y el olvido dialogan quitándose la palabra. ¿Por qué aquí, y no allí? ¿En qué celda te pondremos? ¿Aún sigues deambulando? ¿Con quien vas a pasar el resto de tus días? La omisión y el recuerdo, al unísono, desordenan y ordenan, trasfiguran las conquistas que la vista acumuló, establecen asociaciones y las rompen, descubren parentescos y discrepancias, erigen las familias que habrán de disgregarse y hasta sueñan, en momentos de ingenua ilusión, el sentido de un orden que progrese, alguna cincelada simetría que conduzca al definitivo lugar donde la lógica y la razón por fin triunfen, y cada cosa se acomode en su sitio quieta, definida y cerrada para siempre. Ese lugar es el depósito de la muerte, y en tanto la enfermedad del pensamiento lo concibe y lo idea y lo persigue, prosiguen las hormigas de la vida con su danza incomprensible, nervioso cosquilleo que no va a ninguna parte, ni transcurre en la busca de un sentido, pero vive. Y siguen entretanto los perros sin collar mirando de soslayo, y una bolsa de basura bascula sobre nuestra atribulada conciencia como espada de Damócles, y en las conchas perdidas de la infancia se repiten los surcos concéntricos del oleaje, y las piedras, anónimas, nos golpean con su presencia inapelable, y ahí siguen las ramas soñolientas y los inaccesibles montes tras los marcos, los cuadernos, las carpetas, y todos los objetos que la vida nos depara sin porqué, los restos de pintura en nuestros ojos, y hasta los brotes de la visión que del recuerdo nacen sin saber a dónde se dirigen, y entre ellos se acumulan, se solapan y friccionan como piezas de un puzzle que no encaja, y es por eso, porque no encajan, que se siguen moviendo en busca del lugar que nunca llega, y es por eso, porque nunca llega, que lo siguen buscando y se mueven y preguntan y preguntan y la pintura asiente. Y es la vida el desorden de las cosas.